

# Editorial

Como es habitual, para esta época la actividad de los clásicos y sport se encuentra a pleno en nuestro país, con múltiples opciones en casi todos los fines semana de lo que resta del año.

De ellas, sobresalen ampliamente Autoclásica, la mayor muestra estática de Sudamérica, y las 1000 Millas Sport, el más importante Rally de esta parte del continente, donde cerca de 200 de los mejores ejemplares recorren durante tres días aproximadamente 1.500 kilómetros.

Un evento netamente estático, y el otro dinámico, con buena exigencia para las máquinas.

La naturaleza de estos dos eventos me lleva a una reflexión, que deseo compartir con todos ustedes, amigos lectores de **RUEDAS CLASICAS**, y tiene que ver con dos hechos muy dispares, pero que sirven para explicarla.

En esta edición encontrarán una amplia cobertura sobre el Concurso de Elegancia de Pebble Beach, donde cada año se dan cita los mejores autos clásicos y sport de todo el mundo, cuyo galardón mayor corresponde al "Best of Show". Aquí los ejemplares presentados muestran un nivel de restauración superlativo, que muchas veces lleva a preguntarnos si tenían semejante estado cuando fueron cero kilómetro. Sin embargo, no pretendo cuestionar este aspecto. Lo que sí percibo, observando sus terminaciones, brillos, lustres y detalles, es que muchos de ellos ya han dejado de ser esculturas rodantes, para pasar a ser esculturas fijas. Ya no ruedan por sus propios medios, son trasladados en camiones especialmente acondicionados, y se exhiben silenciosos, como avergonzados de que se escuche el sonido de su motor, o incluso de su bocina.

Este hecho me lleva al otro, tan dispar como ya mencioné. Meses atrás, un grupo de apasionados de los clásicos y sport, salieron un domingo a la mañana a recorrer Buenos Aires con un par de Bugatti. Al publicarse en un sitio de Internet fotos y una reseña de esa salida, alguien comentó *"...que encantador ver las Bugatti mezcladas entre los autos..."*

Y a este punto quería llegar. En definitiva las Bugatti, por mencionar este ejemplo –y de paso irnos introduciendo en nuestra nota de tapa–, son autos; la naturaleza de su gestión fue la de transportarnos por calles, rutas, y circuitos, en definitiva, circular, rodar. Luego su condición de exclusividad, técnica y diseño los convierte en esculturas, obras de arte, o como queramos denominarlos. Pero su hábitat está en el camino. Por supuesto tratándose de autos con varias décadas encima, en actividades debidamente planificadas, pero rodantes al fin.

Por eso, celebro y felicito a aquellos coleccionistas que se encargan de incrementar el patrimonio clásico y sport, recuperando localmente y trayendo a nuestro país verdaderas joyas sobre cuatro ruedas. Pero mucho más celebro y disfruto cuando veo esos autos rodar por sus propios medios, exhibiendo sus líneas, su técnica, y sus prestaciones en calles, rutas y circuitos.

Lamentablemente llegará un día en que se escuche *"...esta fue la última gota de nafta de todo el planeta..."*, y entonces habrá que conformarse con observarlos en museos, cual carrozas imperiales, testigos de una época definitivamente pasada.

Mientras tanto, y hasta que eso no ocurra, vivamos a pleno nuestros clásicos. No solamente es bueno y necesario para mantener eficiente su funcionamiento, sino que significa un regocijo y un placer especial para quienes los ven circular, y para nosotros, sus custodios temporales, una garantía de sensaciones y emociones únicas, que vale la pena vivirlas.

Arranca una nueva edición de **RUEDAS CLASICAS**. Que la disfruten.

Hugo Semperena  
Director Ejecutivo